



## **RELATO DEL PEREGRINO EN TIEMPOS DE LA REFORMA. CARTA INÉDITA DE PEDRO FABRO ENCONTRADA EN SU LECHO EL DÍA DE SU MUERTE**

*José Francisco Aranguren s.j*

*Las grandes amistades duran a lo largo de la vida. Así las cosas en momentos de enfermedad normalmente acudimos a ellas para que nos cuiden, oigan, acompañen o simplemente sean nuestro paño de lágrimas. Entre el jesuita francés Pedro Fabro y el jesuita español Antonio Araoz<sup>1</sup> existió una profunda amistad. Compartieron un poco más de un año de labor apostólica entre marzo de 1545 y abril de 1546. La amistad se ve limitada una vez que Pedro Fabro es enviado a Roma a participar en el Concilio de Trento. Pero, ante la distancia, ¿quién dijo que no son buenas las cartas...? En una carta Pedro Fabro va recordando, desordenadamente, los momentos importantes de su vida ante su gran amigo –como si éste no los conociese– a la vez que le cuenta lo que significaría el último viaje de su vida y todo lo que en el camino a Roma le ocurriría.*

---

<sup>1</sup> Antonio Araoz (1515-1573) Jesuita de Vergara, España que se incorpora al grupo de amigos en el Señor en el año 1539. Fue el undécimo compañero. Se encuentra con Pedro en marzo de 1545 para gestionar la ida de jesuitas hacia tierras españolas. En 1547 es nombrado el primer provincial de la Provincia Jesuítica de España.



IHS

*Carísimo en Xº hermano licenciado Araoz. La gracia y paz de Ntro Redentor sea siempre en nuestras almas.*

*Te escribo desde mi cama, donde las fiebres me han tenido desde que llegué a Roma. He tenido suficiente tiempo para pensar, recordar y escribir a los grandes amigos, entre los que figuran Maestro Canisio, Maestro Javier y tú. He tenido la oportunidad de ser atendido personalmente por Maestro Ignacio con quien he conversado mucho con abundante fruto espiritual para ambos. Te escribiré de manera desordenada, en el orden en que a mi mente vayan llegando los recuerdos de mi vida y de mi viaje hasta aquí desde que nos despedimos allá en la corte de Madrid.*

*¡Cómo podré olvidar aquella mañana madrileña de abril en que recibí carta de Maestro Ignacio y todo lo que después me ocurriría! En ella me enviaba acá a representar a su Santidad Paulo III en el Concilio de Trento. Esperaba que llegase para junio pero no es sino a finales de julio cuando he llegado. En el camino iba recordando aquella primera misión recibida por el Papa, cuando me fui con Maestro Láinez a Parma. Sentía un ánimo indescriptible en cumplir la voluntad de Dios expresada a través de la voluntad de su vicario en la tierra.*

*En esta nueva misión, al recibir la carta de Roma, tomé mis pocas pertenencias – que por andar siempre peregrinando tenía debajo de la cama – y me dirigí al Provincial P. Simón Rodríguez y al resto de mi comunidad a comunicarle mi destino inmediato. Sabía que me costaría despedirme de ti, mi infatigable amigo, y en efecto así lo fue para mi dicha en aquel momento no estabas.*

*Pero el día en que definitivamente me venía, aquel día 20 de abril, después que corporalmente nos apartamos y despedimos el uno del otro, noté y sentí aquella parada que hiciste, estando cerca del ganado de las ovejas, esperando a que pudieras despedir tu vista de mí. No dejé de ver como tú te detuviste. Allí comenzó para mí una larga travesía que me traería a la ciudad eterna el pasado 17 de julio, donde todo empezó. Realmente que estaba y estoy ganado a participar en dicho Concilio ya que es una necesidad. Significa para la Iglesia su reacomodo y una opción para poder insistir en la conversión personal y la reforma de vida especialmente de los sacerdotes. Además para poder establecer una formación, lo más amplia y concreta posible, al clero.*

Sobre todo que se adapte a nuestra realidad actual. Otro punto importante de este Concilio ansiado por la Iglesia universal es el hecho de la definición doctrinal que ha venido dando paso a los problemas que se han venido presentando con los seguidores de Lutero. Creo que como frutos del Concilio se deberían ofrecer algunas directrices de cómo tratar, en adelante con los luteranos, especialmente para remendar lo acaecido en aquellas dietas<sup>2</sup>. ¡Oh, Antonio, cómo quise dar los ejercicios al luterano Felipe Melanchton!<sup>3</sup> Pero en ningún momento me permitieron trato personal con él. Espero que ahora la divina providencia me permita ese trato personal necesario para traerlo de nuevo a la fe.

Creo, y te lo recomiendo, que, en adelante, las relaciones con los luteranos deben hacerse desde la conversación fresca y serena y comenzar a buscar las cosas en las que coincidimos, de modo de ganarlos con buen ánimo a reformar sus vidas y a ser seguidores de Nuestro Señor con más ardor apostólico y celo de las almas. Creo que tengo algo que decir en este esperado Concilio<sup>4</sup>.

Como bien sabes, en aquellos días en los que me llegó la carta de Maestro Ignacio, no andaba muy bien mi salud, como ahora, de modo que tuve que retrasar mi partida unas tres semanas hasta que vi mi salud mejorada. No me alcanzaron las energías y el tiempo para despedirme de todos en la corte y por eso te pedí ese gran favor. Tampoco de los nuestros allá en Madrid. Mi primer destino era Valencia, donde luego de bregar con innumerables inconvenientes, llegué el 29 de abril y comencé a visitar la casa de uno de los de la Compañía, cuyo padre estaba muy enfermo. En efecto, al llegar tuve que realizar sus exequias y le dije que me encontraría con el P. Francisco de Estrada en unos días. En Valencia me detuve pocos días. Inmediatamente me dirigí a Gandía donde el Duque Francisco de Borja me esperaba para poner la primera piedra de un colegio regentado por él. Fue allí donde recordé mis años de pastor, allá en Villareto, Saboya, mi

2 *Discusiones doctrinales prolongadas que se dieron antes de la reforma entre partidarios luteranos y católicos ante el Emperador. Se buscaba llegar a acuerdos pero nunca llegaron a nada. El Papa siempre enviaba sus legados para que los representaran. Pedro siempre padeció estas dietas como innecesarias y con un dejo de pérdida de tiempo y de desánimo a la vez que quedaba al descubierto lo mal formado que estaban en doctrina los representantes católicos ante los luteranos.*

3 *Felipe Melanchton. Uno de los principales voceros luteranos en Alemania. Fue en quien Martín Lutero confió su defensa ya que tenía muy buen verbo y era de ánimo fogoso.*

4 *Ciertamente se vio confirmada su intuición ya que Ignacio envió unas instrucciones para los Padres de Trento que consistían en las recomendaciones que, a lo largo de sus años, por villas y castillos había experimentado Pedro y eran recomendables a otros.*

pueblo natal, cuando mis padres querían que siguiera con esa carrera y me dio por llorar amargamente hasta lograr lo que quería: comenzar una vida de estudios. Sabía que mi tío paterno, que era monje cartujo, me ayudaría a ganar el agrado de mis padres a su propuesta -no sé ni siquiera por qué te lo comento- pero, en aquel entonces, me fui a La Roche donde conocí al sacerdote Pedro Velliardo, de feliz memoria. Dejó recuerdos imborrables en mí. Así fue, era demasiado exigente, cuestión que, como todo joven, no entendía en aquel entonces, pero que hoy le agradezco muchísimo. Con él aprendí a hablar, leer y escribir latín y griego y tuve la oportunidad de leer a los clásicos, cuestión esta de la que te has beneficiado en nuestras tertulias y conversaciones.

Fueron nueve años que asistí a aquella escuela y crecí en edad y ciencia. Recuerdo ahora también que en la primera de aquellas vacaciones en mi pueblo cuando tenía 12 años donde, mientras guardaba las ovejas, me sentí llamado a ofrecerme al servicio de Dios. ¡Oh Dios misericordioso que caminabas siempre conmigo y desde siempre querías agarrarme! ¿Por qué no supe apartarme, desde entonces, de todas las cosas para buscarte y entrar a tu escuela? Sí, licenciado Araoz, sé que debe parecerle extraño que me exprese de esta manera pero es que he tenido bastante tiempo... para pensar...

Es que en aquel entonces había en mí un desordenado deseo de saber y de entregarme a las letras, -espero que me pueda seguir porque estoy pesando en voz alta-. Y pensar que de ese deseo de saber se valió el Señor para sacarme de mi patria. Bien, no me extendo más en esto, pero le aseguro que allí está la fuente de mi vocación.

Volviendo a la realidad. Luego de colocar la primera piedra y disfrutar la estadía con el Duque, quien está bien ganado para con los de la Compañía, seguí mi camino, esta vez hacia Barcelona. Fueron 15 largos días de viaje. Los primeros días me dediqué a conocer a los jóvenes entusiastas como tú que habían sido admitidos recientemente en la Compañía. Di los Ejercicios breves y con varios comencé los Ejercicios íntegros con gran fruto espiritual. Sin embargo, -como ya estaba acostumbrado- tuve que verlos frenados por el hecho de que nuevamente caí en cama por las fiebres que seguramente habían resurgido a lo largo de mis correrías.

Y, hablando de los ejercicios íntegros, recordé a todos los que lo han hecho conmigo y hoy se cuentan entre los nuestros: Maestro Coduri y Broet y qué decir de Maestro Canisio, ¡qué grata experiencia cuando los dí a nuestro hermano maestro Pedro Canisio! Recuerdo lo difícil que fue lograr que se apartara de sus menesteres para dedicarse de lleno a lo que le pedía Nuestro Señor. Él es otro que Su infinita Bondad me ha regalado como



hijo en la fe al igual que tú. Algo que los diferencia es que mientras tú eres más apostólico, Pedro es más académico, pero los dos están llamados a hacer grandes cosas por el bien de las almas y el crecimiento de la mínima Compañía, como suele decir Maestro Ignacio al referirse a nosotros, aquellos locos que en 1534 hicimos los votos

en Montmartre y todos los que posteriormente han tenido a bien unírse nos. Pedro está llamado a ser el apóstol en la Alemania y tú entre las cortes y gente sencilla de las tierras españolas. ¡Desearía levantarme de esta cama para seguir dando los ejercicios íntegros! A través de ellos he visto cómo el creador se comunica con su creatura y cómo grandes hombres ponen todas sus energías en la bandera del buen espíritu. Claro, como bien sabes, no a todos se les pueden dar los ejercicios íntegros pero hago todo lo posible como si dependiera de mí para que así sea, aunque sé que todo está en las manos de Dios. Es el Creador quien llama, aunque nosotros los escogidos en lanzar la semilla a los corazones de sus fieles. Una vez que alguno entra en ejercicios no ceso de pedir a sus ángeles custodios para que aproveche la experiencia. Esa devoción de los ángeles la aprendí de mi amada madre y la mantengo al ver tanto provecho en el alma propia y en la de los que me rodean.

Estuve más de tres semanas limitado en mi servicio al Señor y sólo recibiendo visitas de quienes tenían a bien venir a verme. Advertí que ahora me correspondía a mí ser servido como había servido a aquellos enfermos, allá en Vicenza. Mientras el grupo de amigos en el Señor servíamos en hospitales, haciendo tiempo para aquel viaje hacia Jerusalén que se nos había metido entre ceja y ceja como voluntad de Dios, mientras era yo el responsable del grupo ya que Maestro Ignacio se había ido a respirar aires natales y recobrar su salud.

También pasaron por mi mente en aquellos días mi época de estudiante en París. Cuando con ánimo y generosidad salí para La Sorbona y el hecho de tener que llegar al colegio Santa Bárbara y compartir la habitación con otros. Tuve que enseñarle a un hombre que casi me llevaba 15 años de edad y cuyo nombre es Ignacio. Sé que ya sabías eso, pero, ¡qué ánimo me inspira el recordarlo! Al inicio yo le enseñaba, o al menos intentaba, pero había una particularidad: siempre nuestras repeticiones culminaban con una conversación espiritual en la que se encendía mi corazón como a los discípulos de Emaús (Lucas 24, 13-35). Cuando descubrí en Ignacio aquel maestro de espíritu, comencé a abrirle mi escrupulosa conciencia.

Había otro compañero de cuarto de nombre Francisco Javier, -de quien habrás conocido de oídas- deportista, inteligente y compañero estricto. Éramos tres compañeros de cuarto. Por orden de edades estaba Ignacio, de poca estatura, con 34 años y con un problema pronunciado en una de sus piernas, Francisco, de mi misma edad, 19 años, esbelto y alto con rostro de sabiondo y yo, Pedro, de 19 años, de mediana estatura y rubio de cabello. Allí nos comenzamos a reunir este grupo de amigos en el Señor que ahora somos y que el Papa ha sabido bien esparcirnos por el mundo. Allí comenzó todo. En estos menesteres ocupaba mi mente mientras ansiaba que mi salud mejorase para continuar mi viaje. Te imaginarás que me sobraba tiempo. Seguramente te habrás dado cuenta de por qué te detalló tanto los inicios: para que transmitas a los más pequeños y a los que van a ser de los nuestros esta historia de los que empezamos esta locura de seguimiento de Nuestro Señor.

Licenciado Araoz, unos diez días después que su Divina Majestad quiso devolverme la salud, - ya me había acostumbrado a estos vaivenes- me dirigí al puerto para embarcarme hacia acá. Fueron días de angustia porque había tiempo malo y no salían muchos barcos. De modo que tuve que aventurarme a cumplir mi destino al irme en un bergantín<sup>5</sup>. En este viaje debo confesarte que mi mente divagó como nunca antes en mi vida. Fui rezando, como era mi costumbre, a los ángeles custodios de todas las ciudades y pueblos por las que había andado y recorrido y personas con las que había compartido en mis correrías apostólicas. Comencé por la Alemania, donde quise que la Compañía echara raíces para mayor servicio de nuestro Señor y bien de nuestro Instituto, pero sólo logré iniciar ese trabajo con Maestro Canisio. Así fui por Espira, Colonia, Ratisbona, Worms, Maguncia, luego por Parma, Valencia, Gandía, Barcelona, Madrid... Rememoré todas las misiones que me habían sido encomendadas, la diversidad de gentes a quienes había dado los Ejercicios, la diversidad de personas con quienes había tratado, las inconsistencias de aquellas "dietas" entre luteranos y católicos que tanto padecí y que nunca llegaron a nada.

A ese respecto siempre estuve en desacuerdo con el modo como se daban esos diálogos. Estaban pensados para no llegar a nada nunca, como en efecto lo ha sido. Lo que creía que había que hacer era ganar las voluntades a través del trato personal y de lo que nos une, y del modo de ganar su simpatía y luego llevarlos a desear el cambio de sus costumbres y hábitos personales y en eso insistí como se nota en mi escrito ya que no es primera vez que te lo digo en esta carta.

5 Se trata de una embarcación pequeña que consiste en un velero de dos palos. (Imagínese lo incómodo del viaje y con mal tiempo).

Llegué aquí, a Roma, por fin, el 17 de julio con ánimo renovado y con el deseo de ver a Maestro Ignacio a quien tenía 8 largos años que no veía personalmente. Maestro Ignacio no esperó a que llegara, sino que fue a buscarme. Licenciado Araoz, al verlo, lo primero que le comenté fue aquella misa de Montmartre el 15 de agosto de 1534, cuando era yo el único sacerdote de aquel grupo de locos por Cristo. Significó imaginarme allá en la capilla de San Dionisio, en el momento en el que levanté el Cuerpo de Cristo y cada uno, arrodillado, fue pronunciando el voto de dirigirnos al Papa para que nos autorizara ir a Jerusalén, y en el caso de no poder embarcarnos en un año, ponernos a sus órdenes para que nos enviara a donde mejor servir a Dios y ayudar a las almas. Fue un momento festivo. Fue una fiesta que tuvimos Ignacio y yo en esa noche. Largas conversaciones como en los años parisinos, pero esta vez contándome sobre las correrías de Maestro Francisco, la expansión de la Compañía sobre la haz de la tierra, el desenvolvimiento de los nuestros de Trento, el... y yo contándole con qué ánimo vengo a participar en el Concilio, cómo habían quedado el Príncipe Felipe, las personas importantes de la corte, los obispos prendados y deseosos de que los nuestros se establezcan en España...

Ignacio me comunicó algo que no sabía hasta entonces: que tanto Maestro Laínez como Maestro Salmerón y Maestro Rodríguez me habían escogido como Preósito General de la naciente Compañía si no podía ser el mismo Ignacio. ¡Qué vueltas da la vida, pensar en que si así hubiese sido no habría recorrido la Alemania ni te hubiera conocido, Licenciado Araoz!

Antonio, han sido tantos momentos los que he vivido y andado por tantos lugares y gentes que ahora vengo a Roma con mucho ánimo y generosidad a participar en el Concilio de Trento. Te confieso que cuando leí la carta que me comunicaba mi destino acá lo primero que vino a mi mente fue el escrúpulo de qué había hecho mal. Pensé, ¿qué habré hecho mal puesto que no duraba mucho tiempo en un lugar cuando ya me enviaban a otro? Me consolaba sobremanera el simple recuerdo de los bienes recibidos y las gentes a quienes les he dado los Ejercicios. Esto dejaba mi espíritu escrupuloso en tranquilidad. Le comuniqué esta inquietud a Ignacio y él, recordando nuestros años parisinos, me expresó que en eso no he cambiado, que soy tan escrupuloso como siempre. A lo que le respondí que sí lo he intentado con el favor de Dios, pero que aún me cuesta. ¡Demuéstrame, Oh Señor, tus maneras, y enséñame tus caminos. Dirígeme en tu verdad, y enséñame; porque Tú eres Dios mi Salvador!



Hace unos días, Antonio, les escribí a Maestro Laínez, Maestro Salmerón y Maestro Jayo, que ya están en el Concilio, que me les uniría en unos días cuando me recupere. Porque, como en otras ocasiones, ya pasará... seguro que pasarán estas fiebres...

Quisiera agradecerte, por esos momentos compartidos en el trabajo, cuando intentábamos ser contemplativos en acción como nuestra espiritualidad nos lo propone.

Agradezco grandemente a Nuestro Señor y a la Santísima Trinidad aquellos meses transcurridos entre marzo del año pasado y abril de este año; aquellos momentos en que sobre todo predicabas mientras yo me dedicaba más al trato personalizado, a las confesiones, catequesis a los niños y rudos, al contacto con los cortesanos del Príncipe Felipe... al...

Ora muchísimo al Espíritu Santo que se digne moderar en nosotros todo espíritu. Fortalece tu fe a través de la oración asidua, la predicación precisa y el examen perseverante. No dejes que tu corazón se aleje de tu Señor. Cuando puedas envíame mis apuntes espirituales y manuscritos que dejé por aquellos lugares, creo que me serán muy útiles por estas tierras romanas.

¡Que la divina clemencia me conceda la gracia de recordar y valorar toda mi vida los beneficios que Dios nuestro Señor me concedió!

Sé que esta carta ha sido un tanto desordenada, pero quisiera que supieras que fue para mí un desahogo, dado lo débil que me siento por estos días. Haz lo posible por responderme esta carta. ¡Oh! ¡Con qué deseo espero letras tuyas! Por mi parte te escribiré una vez que me haya unido a los que están en el Concilio. Un saludo al Príncipe Felipe. Dile que apenas pueda me gustaría escribirle. Recibe los saludos de Maestro Ignacio, te agradece toda tu labor epistolar para tenerlo al tanto de tu gestión para la entrada de la Compañía a España.

Licenciado Araoz, te imploro, que apartes de ti lo que te separe de tu Señor y Creador. Aparta de ti lo que te haga indigno en su presencia, tu control, tu corrección de tus palabras y conversación; de su benevolencia y amor.

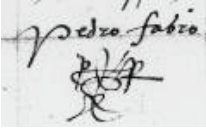
Aparta de ti todo mal que te impida verlo, oírlo, probarlo, saborearlo y tocarlo; que te impida temerle y estar pendiente de él; conociéndolo, confiándote a él, amándolo y tendiéndolo; siendo consciente de su presencia, y en la medida que puedas, disfrutándolo.



Esto es lo que pido por tí y sinceramente deseo de él. Amén.

De Roma a 31 de julio de 1546.

Vuestro en el Señor hermano,


 A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Pedro Fabro' with a stylized flourish below it.

Inscriptio: A mi hermano en Cristo Nuestro Señor el P. Maestro Antonio Araoz de la Compañía de Jesús en Madrid.

Manu magistrí Ignatií. De mano del P. Pedro Fabro. Hallóse en su lecho de muerte.

*El texto se trató de una carta que le hubiera podido enviar a su infatigable amigo. Le deja lo mejor de su experiencia espiritual: el relato en primera persona de sus correrías y sus experiencias con el grupo de los primeros compañeros.*

*Desgraciadamente Pedro no superó esta vez las fiebres terciarias dobles que le dieron y lo llevaron a la muerte el 1 de agosto de 1546. Tampoco pudo llegar al Concilio y por tanto escribir otra carta a Antonio Araoz.*

*A su muerte se escucharon muchos testimonios y se inició una devoción de la gente sencilla hacia su persona. El Papa Pío IX lo elevó a los altares como beato en 1872 en donde se encuentra su proceso en la actualidad. Su fiesta se celebra el 2 de agosto. Este esfuerzo se inscribe en el marco de la celebración del jubileo de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y los 500 años de nacimiento y 460 años de muerte del Beato Pedro Fabro. Valga decir que de los tres primeros compañeros es Pedro Fabro el menos conocido. Surgen dos preguntas finales: ¿Qué ha pasado que ha hecho que este hombre de Dios no haya sido canonizado como los otros dos que lo acompañan? ¿No será el jubileo una buena ocasión para impulsar su causa?*

## Referencias Bibliográficas

Alburquerque, A. (2000). *En el corazón de la reforma. Recuerdos espirituales del beato Pedro Fabro s.j* Bilbao: Editorial Sal Terrae.

Fabri Monumenta. MHSJ. Madrid, pp 422-430.

Plaza, C.G (1943) *Contemplando en todo a Dios. Estudio ascético-psicológico sobre el memorial del beato Pedro Fabro. Madrid.*

Quiroz Magaña, A.(2006). *Carta de Pedro Fabro, siglo XVI , a jóvenes latinoamericanos del siglo XXI. Cuarta carta jubilar. Consultado en <http://www.cpalsj.org/cgi/cgilua.exe/sys/star.htm?infoid=1170&sid=89> el 15 de abril.*